

XI Jornadas Estudios e Investigaciones. Artes Visuales, Teatro y Música.

Las artes como espacio experimental y profético de los diálogos entre las culturas y las ideologías: la gran tarea del tercer milenio

26, 27 y 28 de noviembre de 2014 Auditorio del Archivo y Museo Históricos del Banco de la Provincia de Buenos Aires
"Dr. Arturo Jauretche", Sarmiento 362 / 64; CABA.

La iglesia-colegio de los jesuitas en Colonia del Sacramento. La destrucción de la memoria edilicia en tiempos de guerra

Carlos A. Page
(CONICET-CIECS/UNC)

La larga y rica historia de Colonia del Sacramento

Colonia del Sacramento fue un enclave urbano fundado en 1680 por los portugueses en un supuesto territorio español. Decimos supuesto porque desde el Tratado de Tordecillas hasta ese año jamás hubo una unidad de criterio en cuanto a establecer límites entre las potencias conquistadoras porque nunca se midió y no se sabía con exactitud la dimensión esférica de la Tierra. Por otro lado el avance de los portugueses hacia el interior del continente era cada vez más insistente y solo era contenido por el cinturón reduccional jesuítico que comenzaba en el Orinoco, pasando por Mainás, Mojos y Chiquitos hasta los guaraníes. Precisamente estos últimos hacían frente al avasallamiento del territorio que defendían porque antes que ser español, eran sus tierras, sus familias, sus casas, su hábitat natural que se veía invadido no solo por el afán de ocupación territorial sino fundamentalmente por la codicia esclavista europea, personalizada en bandeirantes portugueses y comuneros españoles.

Los jesuitas desempeñaron un papel difícil en cuanto al tema en discusión, que los ubicaba enfrentados a ambas coronas, cuyos súbditos solo perseguían lo que ellos condenaban, es decir el servicio personal. Más difícil debió ser el ocupar el cargo de capellanes de uno y otro bando. O peor aún, dirigir un ejército guaraní en contra de una ciudad donde habitaban sus hermanos de religión. Y no lo hicieron una vez, lo hicieron varias veces con guaraníes cargados de una venganza que venía de aquellos años difíciles que concluyeron con la traslación y éxodo de los pueblos del Guayrá.

Y la guerra es implacable. No solo mueren personas y se ocupan territorios, sino que no queda completa sin la destrucción de la memoria, porque esta última se constituye en el sustento de su identidad y pilar de resistencia por la supervivencia de su cultura.

En las contiendas de todas las épocas, la destrucción de bibliotecas, museos, templos y archivos, no son solo objetivos de guerra, son estrategias de destrucción cultural, lo que llaman "memoricidio".

La presencia de los jesuitas portugueses en Colonia del Sacramento está poco documentada y aún es escasa la bibliografía¹. Incluso es más remota que la de los jesuitas

¹ Leite SJ, Serafim, *História da Companhia de Jesus no Brasil*. São Paulo, 4 T. 2004, [1938-1950]. Salas, Dalton, "Diogo Soares: cartógrafo e arquiteto", *Anais do X Simpósio Nacional de Estudos Missioneiros*.

del Paraguay ya que llegaron a las costas del Brasil en 1549, seis religiosos encabezados por el P. Manuel da Nóbrega, quien desde 1553 dirigió la flamante provincia del Brasil.

Para la llegada de Manoel Lôbo, fundador de Colonia del Sacramento en 1680 y gobernador de la capitanía de Río de Janeiro, los guaraníes cristianizados por los jesuitas ocupaban gran parte del territorio del sur de Brasil y Uruguay con sus “estancias” de ganado que incluso contaban con capillas. Lôbo llegó con instrucciones precisas del por entonces príncipe regente Pedro II, entre las que destaquemos que ordenaba llevar religiosos a los fines de conformar reducciones de 200 familias a cargo de un sacerdote. Los jesuitas acudieron a la convocatoria y fueron de la partida los PP. Manoel Pedroso y Manoel Alvares².

No se conoce una fecha precisa de fundación, pero se sabe que, llegados a la isla de San Gabriel el 20 de enero de 1680, para el 10 de febrero ya tenían levantados dos galpones para soldados, indios y esclavos africanos, cuatro casas, una de las cuales era para los PP. de la Compañía³. Testimonio de ello dejó el piloto José Gómez Jurado al escribir que vio: “*en dho puesto donde se formava la Ciudad tenia ya cinco casales con sus familias y dos Padres de la Compañía de Jesus de aquel Reynos; dos de san fran^{co}. y otro de la misma religión de los descalsos*”⁴.

Prevenidos los portugueses del ataque que preparaba el gobernador Garro, primero enviaron a los jesuitas a negociar un acuerdo y ante la negativa, se aprestaron a fortificar la pequeña ciudadela que contaba con aproximadamente 500 habitantes. Finalmente fue tomada el 7 de agosto, quedando no solo un saldo de numerosas víctimas que caían bajo las armas de los exaltados guaraníes cristianos, que conformaban el ejército español, sino también de sus edificios. Escribe Lôbo que no mataron a sus negros e indios, pero arrasaron con “*la iglesia de nuestros padres de la Compañía y la casa donde yo estaba*”⁵. Lo corroboró Pereira de Sá en una descripción más detallada de las barbaries ocasionadas⁶. Los sobrevivientes, entre los que estaban Manoel Lôbo y los dos jesuitas, entre otros, fueron conducidos a Buenos Aires como prisioneros. Su restitución a Colonia aconteció el 29 de abril de 1683⁷, excepto el fundador que murió antes.

Santa Rosa, 1994. Possami, Paulo César, *A vida quotidiana na Colônia do Sacramento (1715-1735)*. Lisboa: Editoria Livros do Brasil, 2006.

² Leite, 2004, T. II, p. 610.

³ Da Costa Regio Monteiro, Jonathas, *A Colonia do Sacramento 1680-1777*. Porto Alegre, Livraria do Gôbo, T. 1, 1937, p. 47.

⁴ Correa Luna, Carlos, *Campaña del Brasil. Antecedentes coloniales, Tomo 1 (1535-1749)*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación y Ed. Kraft Ltda., 1931, pp. 122-123.

⁵ *Carta do Governador do Rio de Janeiro, D. Manoel Lôbo sobre os acontecimento sacorridos na Colônia do Sacramento, Buenos Aires, 3 de janeiro de 1683* (Azarola Gil, Luis Enrique, *Contribución a la historia de Colonia de Sacramento. La epopeya de Manuel Lôbo, seguida de una crónica de los sucesos desde 1680 hasta 1828 y de una recopilación de documentos*. Madrid-Buenos Aires, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1931, p. 191 y Leite, 2004, T. III, p. 611).

⁶ Pereira de Sá, Simão, *Historia topographica e bellica da Nova Colonia do Sacramento do Rio da Prata*. Porto Alegre, Arcano 17, 1993, p. 20. (Este libro fue escrito entre 1737 y 1750 y recién impreso por primera vez en 1900 por el Lycêo Litterario Portuguez).

⁷ Riveros Tula, Aníbal M., *Historia de la Colonia del Sacramento (1680-1830)*. Montevideo, Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, N° XXIII, 1959, p. 95.

En los escasos meses que estuvieron los jesuitas en Colonia construyeron su residencia de la que no nos ha quedado ninguna descripción precisa y menos un plano. Pero si dos mapas que muestran el poblado en sus inicios fundacionales realizados a fin de mostrar la contienda. El primero⁸, titulado “*Plantta delineada... de la Ciudadela y su fortificación al tpo. q. fue avansada y demolida*”, está incompleto y describe el acontecimiento de la toma y los sitios que se hallaban; entre los religiosos, menciona la “Iglesia de San Pedro y San Pablo” (I) que indudablemente es la residencia de los jesuitas, y la “Iglesia de San Francisco” (K). También sabemos por este plano que los portugueses contaban con “Fragua y horno de tejas”.

Los jesuitas dieron la advocación a su primera iglesia-residencia, como en varios lugares, a San Pedro y San Pablo⁹. Su construcción, comparándola con las descripciones de los otros edificios existentes, no debe haber sido muy diferente; de muros de tapia o adobe y techos de paja, destruidos con facilidad por los españoles en agosto de 1680.

El otro plano (Fig. 1) fue trazado por Bernardo Antonio Meza en 1681, mostrando más detalladamente la toma de los españoles del año anterior. Muestra una planta perspectivada con una fortificación de base cuadrada con baluartes en los vértices (incompleta en su lado al Río de la Plata). En el interior solo se encontraban las casas de pólvora, de armas y la del cuerpo de guardia, hacia una gran plaza central. Por fuera del lado de la muralla y por el norte se ubicaba a la izquierda la casa y almacén del gobernador, un sitio del cementerio (H), y la iglesia y casa de la Compañía (C y Q). A su derecha la de

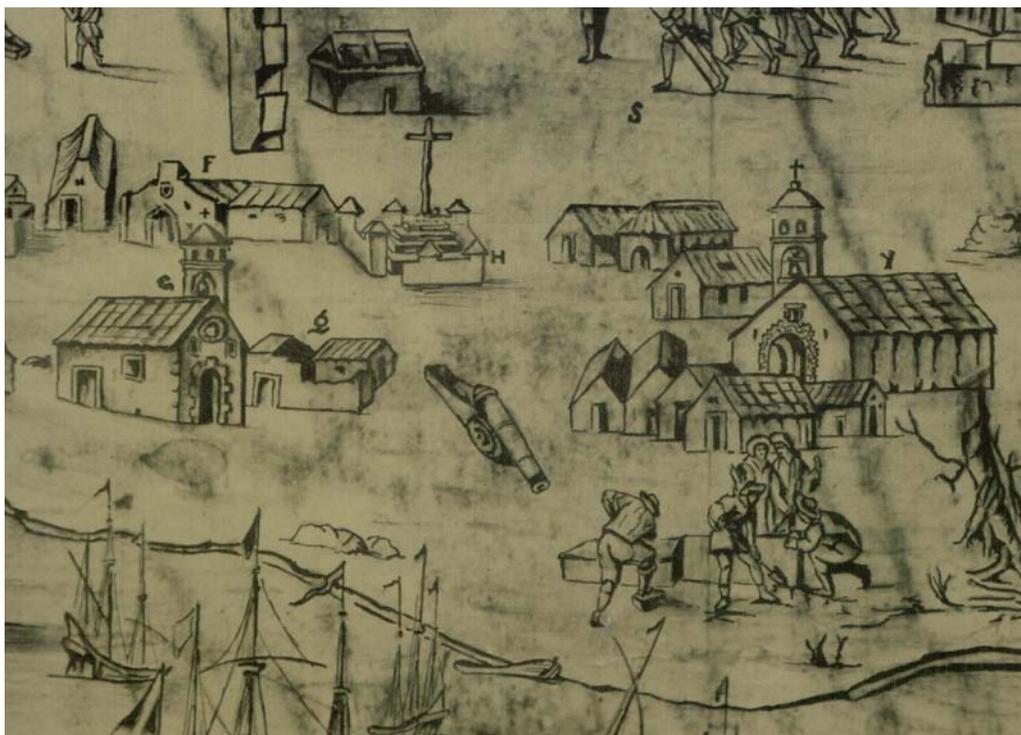


Fig. 1 Detalle del mapa perspectivado de 1681 de Bernardo Antonio Meza.

⁸ No mostramos más imágenes ante el requerimiento de las Jornadas de solo incluir tres ilustraciones.

⁹ En América, los jesuitas levantaron colegios con estas advocaciones en los dos centros hispanos de mayor importancia como en México, fundado en 1572 y en Lima en 1568, con el colegio de San Pablo y su iglesia de San Pedro.

San Francisco (Y), mientras que el resto del espacio lo ocupaban casas, sin señalar Iglesia Matriz.

Este último mapa presenta con suficiente detalle la edificación de ambas iglesias, muy similares, de una nave, con techos a dos aguas, aparentemente de teja, y con espadañas o quizás torres adjuntas idénticas. Los ingresos llevan puertas de arco de medio punto. En la iglesia jesuítica hay dos pequeñas ventanas que podrían ser para un supuesto coro y el típico óculo, en una tipología arquitectónica de la que *Il Gesù* (1568-1577), poco atrajo la atención lusitana, quienes levantaban con anterioridad iglesias como la del Colegio del Espíritu Santo en Évora (1557-1574) y la Casa Profesa de São Roque en Lisboa (1566)¹⁰, considerada la primera iglesia jesuítica en suelo portugués. La fachada de esta última también es similar a la de São Paulo de Braga, que se inició en 1567, aunque mucho más modesta en su planta. Pues este modelo influyó directamente en las primeras iglesias jesuíticas de Brasil, e incluimos en la larga lista, la de Colonia del Sacramento representada en el mapa señalado.

Una de ellas fue la del colegio de São Vicente, ya comenzado en 1559, es decir antes que las peninsulares, con una tipología que se tornó muy familiar con única nave con techumbre interior plana, más una fachada coronada por un frontón y una torre ubicada generalmente entre la iglesia y el colegio organizado a partir de un patio. Así también se distribuyó la residencia de Nova Almeida a fines del siglo XVI. Otro que se conservó fue el colegio de Olinda, comenzado en 1550 y reedificado en 1584 con una iglesia similar, aunque con transepto y capillas laterales poco profundas. La fachada sobria y elegante se asemeja a la sencillez de la de Braga (1567-1589). Igualmente a la del colegio de Rio de Janeiro construida en el Morro do Castello a partir de 1567 y demolida en 1922.

La reconstrucción y una nueva destrucción

Al saqueo de la ciudad le siguió un abandono de dos años, por lo que el nuevo gobernador Duarte Texeira Chaves dejó la tarea para el maestre de campo Chistovão de Ornellas de Abreu quien permaneció cinco años. Tuvo que reconstruir la ciudad y en ella se contaba con los PP. Pedroso y Alvares, quienes hicieron lo propio con lo que se hacía llamar “*Residência do Rio de la Prata*” o “*Residência da Nova Colônia dos Portugueses*”¹¹. Es decir que aún no se le daba la categoría de “Colegio”. Pronto el P. Pedroso fue sustituido por el P. Domingo Dias y luego por el P. Nicolau de Sequeira quien comienza los libros de la iglesia. Fue el tiempo que intentan iniciar una reducción con los minuanes¹² en el sitio llamado “Riachuelo”. Pero una nueva guerra lo impide en 1704, aunque reanudan el proyecto en 1724 y 1750.

¹⁰ Santos, Paulo F., “Contribuição ao estudo da arquitectura da Companhia de Jesus em Portugal e no Brasil”. Coimbra; *Actas do V Coloquio Internacional de Estudos luso-Brasileiros*. Coimbra, 1963, pp. 515-569.

¹¹ Leite, 2004, T. II, p. 611.

¹² Fueron una parcialidad de los charrúas que se ubicaban en el interior de la provincia de Entre Ríos en la República Argentina y al norte del río Negro en la República Oriental del Uruguay hasta el río Ibicuy en el estado de Río Grande del Sur en el Brasil. En la provincia del Paraguay, el jesuita Francisco García (1686-1731) llegó a formar una reducción con esta parcialidad que llamaron de Jesús María, ubicada junto al río Ibicuy, pero no tuvieron éxito. Los pocos que se redujeron se unieron luego a la reducción de San Borja (Azara, D. Félix de, *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata, Tomo I*, Madrid: Imprenta de

Antes de esta guerra formal, hubo sistemáticos ataques por parte de los guaraníes de las reducciones. Por tal motivo el gobernador portugués Sebastião da Veiga Cabral envió a Buenos Aires al sacerdote jesuita Luiz de Amorim para reclamar por tales hechos¹³. El conflicto fue ignorado y al año siguiente volvieron a atacar los indios y la propia casa de los jesuitas de Colonia fue quemada y el ganado que contaban para su sustento se dispersó¹⁴.

En esta nueva guerra que se avecinaba, el gobernador de Buenos Aires don Alonso Juan de Valdés e Inclán, además de describir cómo era la fortaleza, con sus cuatro baluartes, señala que el pueblo formado extramuros era “*con casas de tierra, y paja: un Hospicio de Religiosos de San Francisco, y otro dentro de la Plaza de la Compañía de Jesus*”. Agregando que tenían sus huertas¹⁵.

La guerra formal ya era una cuestión entre Felipe V y Pedro II. En ultramar el gobernador de Buenos Aires Valdés e Inclán no dudó en ordenar el sitio de Colonia hasta que el 15 de marzo de 1705 los portugueses abandonaron Colonia. Al día siguiente hizo su entrada el gobernador y ordenó la demolición, tarea en la que estuvieron a cargo los guaraníes que incluso saquearon la iglesia¹⁶. A fines de ese año el jesuita del Paraguay Silvestre González pasó por lo que había sido Colonia, sorprendiéndose de que no había nadie y se había demolido todo “*menos las paredes de la iglesia, que son de cal y canto; en lo demás no hay nada en forma, ni aun que se pueda hacer juicio de lo que era, si no es quien lo vio antes*”¹⁷.

Después de una década de abandono y con el Tratado Utrecht de 1715 Colonia fue restituida a los portugueses al año siguiente. Nuevamente el designado gobernador llegaría con dos jesuitas, quienes lo acompañaban con una clara finalidad política, ordenada por el mismo João V, que era para servir de nexo entre los guaraníes y sus pares del Paraguay.

En 1717 comenzaron a reconstruir todo, que estaba tan arruinado que el mismo gobernador Gomes Barbosa escribe que reconstruyó la plaza-fuerte “*sem descubrir as antigas muralhas*”¹⁸. La iglesia y casa de los jesuitas hubo que levantarlos de nuevo y ahora le dieron una nueva advocación, esta vez la de San Francisco Javier. La ciudad comenzó a prosperar, sobre todo bajo el gobierno de Antônio Pedro de Vasconcelos (1722-1749), cuando la población alcanzó los tres mil habitantes al momento de dejar su mandato.

Sánchez, 1847, pp. 145-146). También los jesuitas del Paraguay intentaron fundar para 1722 otra reducción con los guenoas, como así llamaban ellos a los minuanes, habiendo designado para la ocasión a los PP. Diego Claret y Juan de Yegros y con el objeto que cuiden las vaquerías del mar (AGN, S. IX, 6-9-5, Doc. 369, *Memorial del P. Provincial Joseph de Aguirre Para el P. Superior del Paraná y Uruguay y sus consultores en la visita de 1722*).

¹³ Correa Luna, 1931, T.1, pp. 400-408.

¹⁴ Leite, 2004, T. II: 612.

¹⁵ Correa Luna, T. 1: 433 y Capurro, Fernando, *La Colonia del Sacramento*. Montevideo, Sociedas “Amigos de la arqueología”, 1928, p. 21.

¹⁶ Pastells SJ, Pablo, *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, T. V, 1933, p. 538.

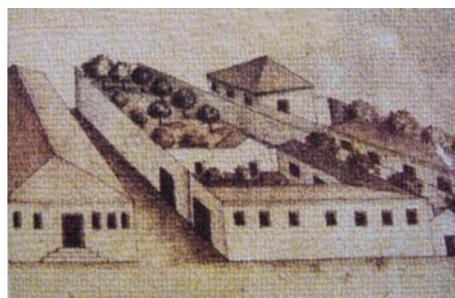
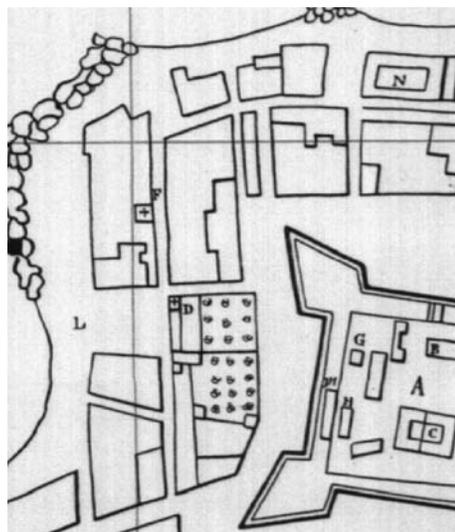
¹⁷ González, Hno. Silvestre, *Diario de viaje a las vaquerías del mar (1705)*, Presentado por Baltasar Luis Mezzera, Montevideo, Artes Gráficas Covadonga, 1966.

¹⁸ Pereira de Sá, 1993, p. 54.

Ahora con rango de colegio, dependiente del colegio de Río de Janeiro, quedó a cargo el profeso de cuarto voto y baiano P. Luiz de Andrade. Contó con aulas de catequesis, primeras letras y humanidades¹⁹. Además se sumaron otros dos jesuitas, motivo por el cual se amplió el edificio en 1724, destinando fondos de la hacienda real para dos operarios pedreros y el suministro de piedras y tejas, mientras que la provincia jesuítica de Río de Janeiro aportaría las maderas²⁰. Es decir que el edificio ya contaba con una sala para la enseñanza de los niños y otra nueva para el catecismo. Al fin, la Carta Anua escrita tres años después, describe el Colegio: “*Escola para ensinar os Rudimentos, as Letras, e os bons costumes. Faz-se a catequese dos escravos, e dos indios. Prega-se aos soldados para os contener nos seus deveres de cristãos, tanto na nossa Igreja como na Matriz, propondo-lhes a observancia dos Mandamentos*”. Mientras que de la iglesia se dice que, gracias al aporte de Vasconcelos, se construyó una más grande de piedra y barro²¹.

Durante el mandato de Vasconcelos llegó a Colonia el famoso matemático y geógrafo Diogo Soares (Lisboa, 1684–Minas de Goiás, 1748). Arribó a las costas cariocas en febrero de 1730, trasladándose a Colonia en el mes de octubre. El P. Soares realizó tres trabajos cartográficos, entre observaciones astronómicas²². En la planta de Colonia, además de señalar planimétricamente los edificios, insertó alrededor del mismo pequeñas perspectivas de los edificios principales, entre ellos el de la Compañía de Jesús, donde seguramente residió en sus días en Colonia (Fig. 2 y 3).

La disposición de esta iglesia es el caso que Nicolini llama: “una anomalía respecto del hábito que nos parece hoy normal de disponer una iglesia con sus “pies” hacia la plaza y no con su costado hacia ella”²³. Pues durante los siglos XVI y XVII era lo habitual que así fueran construidas las iglesias, es decir con su lado lateral hacia la plaza.



Figs. 2 y 3 Planta del edificio de la Compañía y perspectiva del mismo en el mapa del P. Diogo Soares de 1731 (Furlong SJ, Guillermo, *Cartografía jesuítica del Río de la Plata*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1936, p. 13).

¹⁹ Leite, 2004, T. II, p. 612.

²⁰ Possami, 2006, p. 306.

²¹ *Ibíd.*

²² A) “Grande Rio da Prata na America Portuguesa e Austral”, B) “Carta Topographica da Nova Colonia e cidade do Sacramento no Grande Rio da Prata” y C) Una planta de Colonia representando sus edificios, entre ellos el de la Compañía, ubicado frente a la fortaleza. La representación cuenta además con una serie de vistas de los edificios, encontrándose el del colegio de la Compañía.

²³ Nicolini, Alberto, “Perduración de rasgos y anomalías en la ciudad hispánica cuadrangular de Tucumán y Cuyo”. En: *XI Congreso nacional y regional de historia argentina*, Córdoba, Academia Nacional de la Historia, 2001.

Esta “anomalía” ya se practicaba en la península Ibérica y fue tomada de los árabes y con la re-utilización de las mezquitas en iglesias enteramente góticas con su ingreso por una puerta lateral principal ubicada hacia la plaza que, en el caso de Colonia aparentemente no la tuvo.

Y la plaza que no es la principal, sino “plazoleta”, “Plaza Menor” o “Plaza de respeto”, es otro elemento urbano que se incorpora por esta época al trazado de Colonia en su apertura hacia el colegio jesuítico. En el plano de Soares figura como “L” *Porto del Coll.*, ubicada hacia el río. Mientras en otros mapas se denominará “*Praça*” o “*Praia*”, siendo una extensión usada para facilitar el egreso de la iglesia y lugar donde estacionar caballos o carros. Aunque también tenía un uso simbólico en darle al templo perspectiva, pero es dable suponer que se debe a la sencilla razón funcional-visual que de “frente” solo ofrecía unos cinco metros y de lado veinte para encerrar la plaza. Por eso es posible que esta cuestión práctica hubiera sido usada como Pizarro construyó en Lima, la pequeña iglesia matriz frente a la plaza de 150 varas.

Otro conflicto bélico pudo ser frustrado en 1736 por el gobernador Antônio Pedro de Vasconcelos, a quien los porteños acusaban de no cumplir con el tratado que establecía el límite de Colonia a un tiro de cañón desde la plaza. Vasconcellos resistió por 22 meses, aunque la ciudad se vio dañada ante los bombarderos, que causaron daños en la iglesia matriz. Por ello ordenó llevar el Santísimo a la iglesia de los jesuitas²⁴. Además de esto, en el ataque los jesuitas perdieron la pequeña estancia que tenía el colegio, dirigido entonces por el P. José de Mendoça. La misma quedó destruida y su ganado robado y disperso²⁵.

De aquel intento, el alférez del batallón de Colonia, Silvestre Ferreira da Sylva, profeso de la orden militar de Cristo, dio cuenta de los hechos en un libro publicado en Lisboa en 1748. Inserta un plano perspectivado, a los fines de describir detalladamente el ataque y defensa portuguesa, señalando sus edificios. Sobresale el colegio de la Compañía de Jesús, con letra “S”, donde destaca su iglesia con una torre por detrás.

El gobernador Vasconcelos debió reforzar su fortaleza como observamos en los proyectos no concretados del brigadier José da Silva Paes en 1736 y la del monje benedictino Frei Estevão do Loreto Joassar. En este último se ubica la Iglesia Matriz dentro de la fortaleza, la ermita de Santa Rita (“H”) en la misma calle de los jesuitas (“G”), la ermita de San Pedro Alcántara en la batería del mismo nombre. En ambos mapas se ubica el Colegio jesuítico con su iglesia de lado y frente a una plazuela.

Del ataque de 1735, los jesuitas no pudieron reponerse y dos años después Simão Pereira de Sà escribió que Colonia contaba con 350 vecinos, una iglesia matriz, “*hum Colegio da Companhia*”, y algunos templos más que los mencionados por Silva de Paes: el hospicio de Capuchinos y extramuros, los templos de Nuestra Señora de la Concepción, Nazareth, Oliveira y Rosario²⁶.

Obviamente con el Tratado de Madrid del 13 de enero de 1750 todo se empeoró, aunque como la entrega no fue inmediata los jesuitas portugueses reorganizaron su estancia

²⁴ Regio Monteiro, 1937, T. 1, p. 236.

²⁵ Leite, 2004, T. II, pp. 612-613.

²⁶ Pereira de Sà, 1993, p. 58.

quedando a la expectativa de los acontecimientos²⁷. Por cierto, que así como los guaraníes debieron abandonar sus pueblos, los habitantes de Colonia no lo hicieron y todo quedó sin efecto.

La expulsión de los jesuitas de Portugal se realizó entre el 19 de enero y el 3 de setiembre de 1759. Pero recién en enero del año siguiente llegaron las tres naves que conducirían los poco más de 380 jesuitas que fueron embarcados en dos tandas. En Colonia se encontraba como rector el P. António Galvão (Coimbra, 1703–¿?), que se hallaba desde 1738. Después de quemar sus papeles, fue conducido con su compañero P. Pedro Barreiros (Rio de Janeiro, 1724–¿?) a Río de Janeiro, donde ambos dimitieron.

La escuela de los expulsos siguió funcionando, pues el obispo Antônio do Destêro designó, por provisión del 2 de febrero de 1760 al P. Manuel Fernandes da Silva, nacido en Colonia, para el cargo de maestro de primeras letras y gramática “de acôrdo com o novo metodo que Sua Magestade mando u praticar”. Le entregó el inmueble de los jesuitas y sus pertenencias²⁸ y comenzó a enseñar hasta su muerte acaecida en 1766²⁹.

No se conocen inventarios del colegio de Colonia del Sacramento y pocos son los datos posteriores, como el remate de la huerta, chacra y quinta³⁰.

Cevallos invadió Colonia dos veces y en la primera se justificó expresando que “*la Iglesia principal está poco decente y sumamente pobre de altares, alajas, y ornamentos, y otros dos oratorios que hay en dos residencias uno de los Franciscanos, y otro que fue de los jesuitas, son extremadamente reducidos, y mui pobres*”. De este último “*no me atrevo á tomar providencia alguna hasta saber la voluntad de SM, y solo pienso entretanto hacer que vengan algunos Misioneros dela misma religión*”³¹.

Con la segunda invasión de Cevallos de 1777 –afirma Regio Monteiro– se destruyeron las murallas y baluartes, además de viviendas, casa de gobierno, almacén real, hospital de los capuchinos y el colegio de los jesuitas, entre otros edificios no menos importantes. Solo se dejó en pie una pequeña casa para un destacamento, la iglesia parroquial, y las capillas de los franciscanos y de Nuestra Señora del Carmen³². El párroco Pedro Pereira Fernandes de Mesquita dejó una relación de lo acontecido en junio de 1778. Cuenta que Cevallos mandó a demoler la ciudad, aunque aparentemente la misma no fue ejecutada totalmente.

El teniente coronel don Sebastián de Palomar tuvo a cargo la destrucción. Los muebles y enceres de los portugueses fueron trasladados a Buenos Aires. Los techos y muros de las viviendas fueron demolidos en su mayor parte. Pero como dijimos, las iglesias se dejaron intactas, aunque la profundización de su deterioro las llevó a su fin. Las

²⁷ Leite, 2004, T. II, p. 613.

²⁸ Regio Monteiro, 1937, T. 1. p. 305.

²⁹ Rubert, Arlindo, *História da Igreja no Rio Grande do Sul*. Rio Grande do Sul, EDIPUCRS, 1994, p. 48.

³⁰ Regio Monteiro, 1937, T. 2, pp. 220-221-222-223.

³¹ AGI, Buenos Aires 538, Carta de Cevallos a SM, Colonia del Sacramento, 15 de noviembre de 1762.

³² Regio Monteiro, 1937, T. 1, p. 451.

respetadas por Cevallos –insiste Azarola Gil- fueron “la Mayor, la del Carmen y la de la Orden Tercera”³³. Es decir que ya nada quedaba del colegio jesuítico.

También en ese año de 1777 se ordenó un inventario de las iglesias de los franciscanos, la iglesia mayor, iglesia del Carmen y la de los jesuitas no se menciona. Sumado al plano que los portugueses levantaron ese mismo año, no figura la iglesia sino “Colegio”. Después de la destrucción y en el plano que publica Capurro de 1805-1806 no se señala ni plazoleta, ni iglesia, ni colegio, porque ya no había quedado nada, solo se menciona el nombre de la calle “Del Comercio”³⁴, como hoy sigue llamándose. Igualmente en la Basílica del Santísimo Sacramento se encuentran dos tallas misioneras, una de San Francisco Javier y otra del Arcángel San Gabriel, además de una pintura de San Miguel Arcángel. Es muy posible que esas imágenes hayan pertenecido a la desaparecida iglesia de los jesuitas.

Palabras finales

El trabajo de los jesuitas portugueses en Colonia del Sacramento no se limitó solo a ser capellanes de milicias, sino que se hicieron cargo de la educación de los jóvenes, atendieron en ciertas épocas la parroquia y suministraron los sacramentos a una variada conformación demográfica que incluía portugueses, esclavos e indios. Con estos últimos fueron muy claras las Instrucciones de 1678 al fundador, con respecto a que debían reducir a los naturales en poblados. Lo intentaron los jesuitas lusitanos con los minuanes, pero no tuvieron el éxito esperado.

El entusiasmo fundacional de los PP. Pedroso y Alvares y su iglesia-residencia de San Pedro y San Pablo solo se repitió en 1717 cuando se abrió nuevamente el colegio con el nombre de San Francisco Javier, bajo los rectorados de los PP. Andrade, do Vale y especialmente Crisóstomo. También se amplía la iglesia con el apoyo del gobernador Vasconcellos. Pero ya no será aquella tipología típicamente portuguesa de los inicios, sino simplemente un edificio de una sola nave a dos aguas de la que no conocemos mayores detalles. Aunque sabemos que se presenta construida de lado a una flamante Plaza Menor que alude a características urbanas de influencias hispano-mudéjar.

El colegio se desarrollaba en una amplia manzana rectangular, donde tenía su huerta y en las afueras una estancia para ganado, aunque la corona le proporcionaba alimentos y dinero.

A cada ataque de los españoles seguía la demolición de sus edificios como manera de borrar su memoria y con ello también la quema de la documentación del colegio como de las demás instituciones. Frente a este panorama los guaraníes fueron protagonistas obligados y seguramente los que más perdían. Pues al dejar las reducciones sin hombres, se dificultaron las tareas cotidianas, sobre todo lo referente a la alimentación. No pocos huían y morían de hambre en los campos, lo cual trajo pestes a los pueblos hambreados. Aparte la corona española no les pagaba estipendio alguno por los servicios que prestaban, que en algunos casos llegaban a soportar casi dos años en guerra. Hasta llevaban sus propios

³³ Azarola Gil, 1931, pp. 137-138.

³⁴ Capurro, 1928, p. 95.

alimentos y los que le proveían a los españoles. Por tanto en esta guerra ajena a sus intereses, no es casual que en todos los sitios los guaraníes comercializaran con los portugueses, aunque les costara la vida. Los jesuitas eran conscientes de todas estas circunstancias y en todo momento se enorgullecían de la fidelidad al rey que tenían los guaraníes cristianizados.

Ochenta años con interrupciones, a veces de más de una década, fue el paso de los jesuitas portugueses por Colonia del Sacramento. Caer para volver a empezar, como todos sus habitantes, que como corolario se les arrancó gran parte de su historia y en definitiva su identidad que fue y es siempre, el gran trofeo de los vencedores.